CARLOS V, EL EMPERADOR Y REQUENA

FELICIANO A. YEVES DESCALZO

CARLOS I DE ESPAÑA Y V DE ALEMANIA:

El 12 de octubre de 1496 se casaba la Infanta D.ª Juana, hija de los Reyes Católicos, con Felipe el Hermoso, Señor de los Países Bajos, en Lille; casi en el mismo instante en que se conocieron.

Ella, sin haber cumplido todavía los 17 años, y él, recién cumplidos los 18. No pudieron ni quisieron esperar las fechas concertadas para los españoles, decidiendo celebrarlos sobre la marcha, precipitando los acontecimientos. Un golpe de pasión recíproca y de furie erótica se desató en la pareja nada más verse; pasión que continuaría siempre en doña Juana y a la que Felipe no correspondió, dada su inconstancia y sus veleidades frecuentes.

De aquí los celos de Juana, que le trastornarían de tal forma, hasta enajenarle los sentidos, ya antes de la temprana muerte de Felipe el Hermoso, durante los tristes episodios del traslado de su cadáver por los páramos castellanos, y mucho después en su casi forzada reclusión en Tordersillas hasta su fallecimiento.

De aquel matrimonio -Felipe el Hermoso, Archiduque de Austria y señor de los Países Bajos, y Juana Castilla (mejor, Juana de España)- nacieron varios hijos: la primera, una niña nacida en 1498 llamada Leonor, y el segundo, Carlos, nacido en Gante el 24 de febrero de 1500, quien antes de empezar a andar ya había recibido los títulos de duque de Luxemburgo y caballero de la Orden del Toisón de Oro, heredero, de momento, del condado de Flandes; ya que nadie podía asegurar por entonces que, por azares del destino, desgraciados enlaces matrimoniales en los otros hijos de los Reyes Católicos y otras causas, el niño Carlos de Gante llegaría a ser lo que fue y le tenía destinado la Historia.

Hemos dicho que el futuro Carlos I de España y V de Alemania, nació el 24 de febrero del año 1500. Cuando tuvieron noticia de ello los Reyes Católicos, cuenta el cronista Alonso de Santacruz, que "tuvieron muy gran placer" y la Reina dijo al Rey Don Fernando, su marido, sabiendo que su nieto había nacido el día del Apóstol San Matías: "Creedme, señor, y no dudéis, que así como sobre aquel Apóstol cayó la suerte para ser en el número con los otros Apóstoles, así ha caído la suerte sobre este nuestro nieto para heredar nuestros reinos". Y aquella profecía fue la primera de las muchas que acompañarían la carrera de Carlos, y llegó a ser la más acertada de todas. Gracias a las consecuencias de los matrimonios dináticos y a fallecimientos inesperados, Carlos, como hijo primogénito del Archiduque de Austria Felipe y de su mujer española, Juana, accedería a una herencia asombrosa:

Los Países Bajos y el ducado de Borgoña; de sus abuelos maternos, los Reyes Católicos, la nueva España

unificada junto con sus posesiones en Italia y, gracias al reciente descubrimiento del Nuevo Mundo de América por Cristóbal Colón, el inicio de lo que luego sería un inmenso imperio transatlántico; de su abuelo Hasburgo, el Emperador Maximiliano, el patrimonio de los territorios austríacos, y finalmente, por elección en 1519, el título que antes ostentaba Maximiliano, Emperador del Sacro Imperio Romano.

Una herencia que fue al mismo tiempo individual y universal. Era individual porque estaba formada por un mosaico de varios y diferentes territorios cada uno con su historia, su lengua, sus leyes y sus tradiciones: era rey de Castilla, de Aragón, de las Dos Sicilias, archiduque de Austria, duque de Borgoña y de Brabante, conde de Flandes, del Tirol, de Barcelona. Pero era universal la herencia porque además de ser rey de cada uno de ellos, era también rey de todos; carácter universal que se reforzó cuando fue elegido en 1519 Emperador. El título Imperial tenía reminiscencias del Imperio Romano, de Carlomagno y de los emperadores medievales, e imponía a Carlos la misión divina de salvaguardar la paz y la justicia en toda la cristiandad, y de defenderle del infiel: del Imperio Otomano y del Islam.

Carlos I, Rey de España y Carlos V, Emperador de Alemania, la misma persona, que nació el 24 de febrero de 1500, día del Apóstol San Matías, y murió el 21 de septiembre de 1558, día de San Mateo, también Apóstol, fue el hombre más famoso del tiempo. Y Gante, en la hoy Bélgica, que le vio nacer, y Yuste, monasterio extremeño, que le vio morir, se unen ahora, en el año 2000, para celebrar y conmemorar el 500 aniversario de su nacimiento.

Fue un rey y emperador viajero. Tuvo que andar y recorrer una y otra vez sus territorios europeos en misiones de guerra y de paz, en defensa de los principios cristianos de su época. Casi no tuvo tiempo de paz y reposo. Flandes, Alemania, Austria, Italia, Francia, Berbería, Túnez, y sobre todo España -del uno al otro lado de sus confines, y por muy diversas circunstancias- conocieron sus pasos. Fue un personaje no muy querido al principio por los españoles, dado su origen, idioma, preferencias, etc., hasta que se hispanizó tras las dolorosas experiencias de las Comunidades y las Germanías. Pero cuando logró poner paz y cambió radicalmente costumbres y amigos, adaptándose al sentir español, su centro y eje, su pasión y su afán llegaron a hispanizarse de tal modo que, sin dejar ni cesar de intervenir en todos los asuntos y tierras imperiales, quiso morir en un apartado rincón de España, yuste, abdicando antes en su Hijo Felipe el gobierno de sus Estados y de su Imperio.

Por su carácter viajero, estuvo y anduvo por Requena, al menos en dos ocasiones; y además, algunas vicisitudes de su tiempo tuvieron re-

percusiones en Requena, aunque no se entrara de lleno en ellas. Nos referimos a las Comunidades, a las Germanías, a la prisión del Rey de Francia Francisco I, y a algún otro viaje por estas tierras camino o al regreso de Valencia.

De ello, aprovechando la celebración de este 500 aniversario de su nacimiento, trataremos seguidamente, según lo que de ello han dicho nuestros historiadores y literarios, además de lo que por nuestra cuenta hemos averiguado y hallado sobre este apasionante e histórico tema.

LAS COMUNIDADES DE CASTILLA:

A pesar de que Fernando el Católico, basándose en el testamento de Isabel, su esposa, pretendía seguir gobernando Castilla, la nobleza se inclina hacia el nombramiento de doña Juana como Reina, y por consiguiente el nombramiento de Rey a favor de Felipe el Hermoso; asunto que adquiría dificultades dado el estado de enajenación mental o locura que ya se advertía en doña Juana. No obstante el rey Fernando se retira a Aragón y llegan los nuevos Reyes a España. La fatalidad hace que Felipe el Hermoso muera en Burgos el 25 de Septiembre de 1506: su reinado fue breve, pues apenas si había durado "lo que dura un verano". Doña Juana no puede gobernar, y su padre el rey Fernando decide recluirla en Tordesillas, quedando como regente de Castilla en espera en espera de la mayoría de edad del príncipe Carlos, su nieto, que entonces de seis años, crecía y se educaba en Flandes. La regencia dura hasta el 23 de enero de 1516 en que muere Fernando el Católico. Asume la regencia el Cardenal Cisneros, quien espera ansiosamente la llegada a España de Carlos para entregarle la gobernación de Estados hispanos; sin embargo, Carlos tardaría más de año y medio en llegar a España, en 1517. Cisneros sale a su encuentro, pero antes de poder entregarle sus poderes muere en Roa (Burgos) en noviembre de 1517. Siempre se atribuyó al válido de Carlos, el poderoso Chiévres, la culpa de la demora en la entrevista de Carlos con Cisneros, pues desde su desembarco en Asturias hasta su entrada en Valladolid y Tordesillas para ver a su madre, había pasado más mes y medio.

La privanza de Chiévres, y de los borgoñeses y flamencos que Carlos traía en séquito, motivaron la general desconfianza de los nobles castellanos; era un ambiente en el que Castilla y la opinión pública, tanto de la nobleza como del pueblo, acusara al rey de ingrato por el olvido de entrevistarse con Cisneros, que tanto había hecho por conservarle sus estados y gobernaciones.

Un cronista de excepción, Juan Ginés de Sepúlveda, escribe así: "La muerte de un varón así (Cisneros) resultó más penosa y preocupante a los castellanos, porque se le consideraba la única persona que con su

autoridad y discreción podría guiar las acciones y decisiones de un rey muy joven aún (17 años), nacido y criado fuera de España y no educado en las costumbres de los españoles". Es decir Castilla perdía el buen gobernante que hubiera podido actuar sobre Carlos V, como contrapeso a las nocivas influencias de sus consejeros flamencos.

Estas influencias originaron que Carlos recompensara desmedidamente a sus amigos: Felipe de Cléves, Carlos de Croy, Enrique de Nassau, Guillermo de Cory, señor de Chiévres, Juan de Sauvage, Antonio de Lalaing, etc. Así nombró a Chiévres, contador mayor de Castilla, capitán general del mar de la corona de Aragón y almirante de Nápoles. Otros señores recibieron mercedes de Indias. Y su alto clero no quedaba atrás: Adriano de Utrecht (después Papa Adriano VI) recibió el obispado de Tortosa; y Ludovico Marliano, el de Tuy. Pero a todos excedió lo concedido al sobrino de Chiévres, Guillermo de Croy, joven de 17 años, el arzobispado de Toledo, la primada de España.

Así y todo, convocó Carlos V las Cortes castellanas de 1518. Primero se celebra el pleito homenaje al rey por parte de sus hermanos Fernando y Leonor y luego por toda la nobleza castellana, siguiendo el juramento de Carlos sobre los Evangelios, de cumplir como buen rey. Y en las Cortes, que se abren con el discurso del obispo Mota en nombre del rey (lo que se llamaba y se llama discurso de la Corona), terminando por solicitar dinero que los procuradores debían votar para ayudar a su Rey. A este discurso contestó el procurador burgalés Zumel, en nombre de todos, y recuerda que en Castilla el poder está en el pueblo y sus procuradores, y si el Rey gobierna y reina, es por un pacto callado: es decir, tesis distinta a la del origen divino del poder regio. Zumel le recuerda que "en verdad, nuestro mercenario es, e por esta causa asaz sus súbditos le dan parte de sus frutos e ganancias suyas e le sirven con sus personas todas las veces que son llamados ..." Ello obligaba gravemente al Rey, y Zumel se lo advierte severamente: "pues mire Vuestra Alteza si es obligado por contrato callado a los tener e guardar justicia ...". En una palabra, el mejor alcalde y el mejor juez, el Rey. Y era deseo popular que el rey eligiera bien a sus ministros. Tal era el recuerdo que Isabel la Católica había dejado, y por ello juzgada como modelo de reinas. Ello sería como una premonición del alzamiento comunero, al tiempo que se dudaba también de la locura de doña Juana. Aunque se votaron y concedieron al Rey un servicio de doscientos millones de maravedíes, ni la nobleza ni el pueblo estaban contentos, precisamente en Castilla.

Después de visitar Aragón y Cataluña, en donde fue bien acogido y cumplimentado Carlos, tras jurar sus fueros, marchó en mayo de 1520 hacia Inglaterra, Flandes y Alema-

nia, en donde fue coronado Emperador. Mientras, las ciudades castellanas se le sublevan: Toledo, Segovia, Madrid, León, Avila, Salamanca, Medina del Campo, Zamora, Tordesillas (donde seguí recluida doña Juana la Loca). Eran la llamadas Comunidades, en realidad un levantamiento de la nobleza a la que siguió el pueblo llano. En Toledo se eligió como jefe de las Comunidades a Juan de Padilla. El alcalde de Corte, Ronquillo, ayudado por las fuerzas armadas de Fonseca comenzó la represión. Pero la Santa Junta de las Comunidades entraba en Tordesillas para convencer a la reina Juana de que les gobierne, cosa que no consiguen.

Enterado Carlos, que aún estaba en Alemania, se apoyó en los grandes bajo el gobierno y regencia de Adriano de Utrecht, y poco a poco los aciertos del gobierno imperial fueron desnivelando la balanza, se recuperó Tordesillas en octubre de 1520, y el ánimo de Padilla fue decayendo porque no se avenía a los excesos populares en las ciudades comuneras que desbordaban sus ideales, e igualmente sucedía a su mujer doña María Pacheco. Así pues, los comuneros fueron ya incapaces de organizar una acción contra las tropas imperiales, y el 23 de abril de 1521 fueron derrotados en Villalar, cayendo prisionero Padilla, junto a sus compañeros, Bravo y Maldonado, quienes fueron ejecutados. Toledo aún resistió hasta febrero de 1552, pero las Comunidades de Castilla habían sido derrotadas.

En Requena debió existir parte de la población afecta a las Comunidades, aunque en general permanecía fiel y leal a la realeza.

El Arcipreste Domínguez de la Coba en su manuscrito histórico nos dice muy lacónicamente que "no ocurrió en Requena desde el reinado de Felipe I y del señor emperador Carlos V de Alemania y I de España de este nombre, cosa especial, sino es en el tiempo calamitoso de las comunidades en que faltaron con diferentes mal fundados pretextos a la fidelidad debida a S. M.; y muchos ciudadanos y villas, pero Requena siempre se mantuvo firme en su real servicio sin dar acogida a los que inquietaban la quietud de España ...".

Parece raro, pero en "la Historia de Requena", de Herrero y Moral, no se menciona para nada este hecho histórico.

Tenemos que atenernos a lo que el Cronista Rafael Bernabeu López habla sobre el particular en su "Historia de Requena" (1982) en el capítulo 53 "Agermanados y comuneros" (págs. 211 y sgtes.):

Dice Bernabeu lo siguiente:

"En noviembre de 1519 se presentó en nuestra villa don Andrés de Cabrera, con una cédula de Carlos I en la que se solicitaban de manera apremiante 'gente de pie a cavallo a vituallas e otras cosas' con destino al virrey de Valencia, Conde de Mélito, 'quien perseguía a los que andan sueltos a la obediencia de S.M.C.',

pero al alborotarse los pueblos del marquesado de Moya debido a las correrías de los agermanados de Chelva y a las instigaciones de don Antonio de Acuya y de don Juan del Pozo, las numerosas gentes de armas por aquí reunidas fueron "torpemente manejadas" por don Juan de Cabrera, hijo del marqués, quien quiso disponer de los de Requena y Utiel para sosegar sus estados, en los que se habían cometido muchos desafueros. Y allá se fue al frente de nuestros comarcanos, castigando duramente a los de Cardenete y Villora. Al llegar a Moya, los requenenses y utielanos se negaron a seguir siendo instrumentos del hijo de Cabrera, blanco de la agitación de toda la serranía, y optaron por regresar a sus lares. Pero ... aquí les esperaba el comisionado real doctor Alonso de Montalvo, quien fue encarcelando a los vecinos más calificados, so pretexto de que abandonando al de Moya no se había cumplido la orden del rey.

"A mediados de mayo de 1520 el conde de Mélito se instaló en nuestra villa, organizando la pacificación del suelo valenciano. Entre sus colaboradores figuraba el famoso capitán aragonés don Juan Martínez de Heredia con una compañía de "muchos mancheños que había reunido por tierras de Requena", y que, al decir del historiador Escolano, eran "mancheños y manchados en las Comunidades de Castilla". No es de extrañar, pues, que se atribuya la derrota de Gandía a la defección "dels falduts de Requena, que tenien pensada la maldat per ser comuners", según dice en sus Memorias, Carreres Zacarés.

A estos reproches -sigue Bernabeu- hemos de hacer alguna salvedad. El cronista Sayas, en los Anales de Aragón, consigna que el malestar de los "mancheños" era debido a la irregularidad de las pagas, pues salieron de sus casas con muchas promesas; de aquí que abandonaran el campo "sin desnudar las espadas", y que luego se dedicaran a saquear las casas de los moriscos de Gandía, hasta que se les desarmó, obligándoles a devolver el botín al caudillo de las Germanías Vicente obligándoles a devolver el botín el caudillo de las Germanías Vicente Peris. Por otro lado no falta quien calificó las anteriores noticias "tan poéticas como las que describe el buen Homero" (Vicente Boix, en su Historia de Xàtiva).

"Alejadas de Requena las fuerzas del virrey, los requenenses designaron pacíficamente nuevos procuradores y diputados afectos a la comunidad; pero el 12 de octubre, siguiendo el ejemplo de Cuenca, el vecindario se manifestó tumultuosamente, posesionándose de puertas y torres".

Dos días después se presentó el Marqués de Moyacon la compañía del capitán Juan Bonilla para restablecer la autoridad real, más tuvo que marcharse sin conseguir que le franquearan el paso. Aunque entre los revoltosos figuraban "algunas gen-

tes de mal vivir", predominaban entre ellos los vecinos de calidad, tales como Martín de Alisén, Juan de Enguídanos, Lope de Comas, el doctor Ballesteros, Luis Pedrón (el Viejo) y Gonzalo Muñoz, entre otros.

"Pasados los primeros momentos de confusión, otros vecinos (leales a la realeza y no partidarios de las Comunidades) se manifestaron de manera contraria, produciéndose un grave tumulto que palían las escasas actas municipales que quedan de aquellos tiempos, con las siguientes palabras: "e si non fuera por Dios nro. sr. que hicieran muertes e heridas que solo Dios las pudiera remediar".

Por fin, el justicia Don Diego de Almodóvar dominó la situación, encarcelando a los más revoltosos. Pero un joven audaz y popular, Luis de la Cárcel, aclamado capitán de los comuneros requenenses, en la noche del 21 de octubre de 1520 irrumpió en el Castillo y libertó a los detenidos, quienes devastaron la vivienda del alcaide Juan Concas. Y el licenciado Almodóvar no tuvo otro remedio que dejar el campo libre a los amotinados, quienes no tardaron en ser contenidos por el carmelita fray Diego de Ruescas (M. Danvila: Historia de las Comunidades de Castilla. 1898).

Sigue diciendo Bernabeu que a principios de marzo de 1521 vino de nuevo el doctor Montalvo con algunas tropas del marqués de Falces, leyendo en un concejo abierto una carta de Carlos I en la que requería a los vecinos díscolos para que volvieran a su servicio. Y aunque la mayoría de ellos sometieron, Luis de la Cárcel con Leonardo Zapata, de Iniesta, y otros destacados comuneros continuaron soliviantando a los pueblos de la Serranía. El doctor Montalvo, mientras tanto, dictaba auto de destierro contra los vecinos Juan Ferrer (el Viejo), Pedro Alamanzón, Juan García de Juan García, Benito Hernández, Miguel de Atienza, Juan Monforte, Fernando Gadea, Gil Martínez de Caudete, el bachiller Ruiz, Gil de Martos, Fernando Zapata, Nicolás Fernández, Juan Navarro y Juan Campillos. Pero el Concejo había conferido poderes a Rodrigo Calahorrano para que obtuviera el real perdón de aquellos, consiguiéndolo en virtud de una cédula librada en Burgos el 27 de abril del referido año de 1521".

Con lo dicho queda aclarado que en general Requena permaneció fiel a la Corona y al Emperador, pero hubo sus conatos y hasta algunos sucesos como los relatados, que demuestran que gentes hidalgas y de cierta prosapia siguieron el movimiento comunero, como lo había hecho Cuenca de quien se dependía por entonces.

LAS GERMANIAS DE VALENCIA:

A diferencia de las Comunidades, donde hay una evolución en que el sentimiento nacional se complica

con una pugna de las ciudades por el poder, y parte de la nobleza junto a la burguesía se sublevan ante el manda otorgado por Carlos a sus acompañantes flamencos, en los disturbios contemporáneos ocurridos en el reino de Valencia Oluego extendidos al de Mallorca-, nos encontramos ante todo frente a una aguda cuestión social.

No obstante haberse atribuido siempre a la cuestión social el origen de las Germanías, actuaron también otras causas: la reacción moral del pueblo contra la corrupción de costumbres de los caballeros; la organización militar de los agermanados, gracias al armamento de que disponían los gremios para actuar contra las invasiones costeras de los berberiscos piratas, ataques que casi nunca fueron afrontados por la clase nobiliaria; por el contrario, se ve en los agermanados combatir en una especia de guerra santa contra los moriscos, que militaron casi en su totalidad en las filas de los caballeros. Así no es de extrañar se viese al principio una verdadera conformidad entre la corte y los agermanados; aunque después, la peste del año 1519 hace huir de Valencia a la nobleza y gente acomodada, dejándola prácticamente en manos de los gremios artesanos. Igualmente la marcha de Carlos V de España, sin haber jurado todavía los fueros valencianos como ya lo había hecho en Aragón y Cataluña, provocó un momento crítico que relajó la autoridad central, dando la sensación de que los valencianos quedaban entregados a su propio destino. Y además, la natural altivez de Valencia en aquellos momentos en que era la primera ciudad en comercio y habitantes del reino de Aragón, con la decadencia de Barcelona, alentó el levantamiento, como había sucedido a Toledo en las Comunidades. Estaban los artesanos y comerciantes agrupados en oficios, conforme a la tradición medieval, lo que les daba una cohesión que habría de notarse después en la organización de las milicas populares agermanadas. Pero además, Valencia, aparte del gobernador, baile y racional, contaba con dos instituciones que adquirieron gran importancia: los Jurados y el Consejo General. Los jurados eran seis, dos correspondientes a los caballeros y cuatro a la ciudadanía; y el Consejo General, que constaba de 142 miembros, y era un cuerpo consultivo, estaba formado por 6 caballeros, 4 juristas, 48 prohombres ciudadanos, y 84 artesanos y artistas representantes de los veintiún gremios de la ciudad, entre ellos: pañeros, notario, marineros, freneros, zapateros, sastres, pellejeros, carniceros, carpinteros, peleteros, herreros, pescadores, barberos, corredores, labradores, plateros, adobadores, curtidores y tintoreros; oficios gremiales, cuya intervención en el Consejo era muy importante. No así en los Jurados, en que estaban excluidos. por tal razón, ya que los jurados eran elegidos entre las listas de caballeros y ciudada-

nos de alta categoría, la intervención popular en el sistema de elección de Jurados era nula. Así, pues, el gobierno municipal se hallaba en poder de la nobleza y de la alta burguesía o clases acomodadas. Y como el relajo de las costumbres de dichas clases se reflejaba en las arbitrariedades de la administración y consiguiente corrupción de la justicia, en perjuicio siempre de los artesanos, ya que, según el cronista Santa Cruz, "cuando pedían justicia, más era lo que le coechaban de costas que lo que ellos pedían de principal".

Pero las cosas empezaron a cambiar cuando los artesanos se dieron cuenta de poder contar con fuerzas propias, debido a lo dicho ya sobre su armamento para defenderse de los corsarios de la costa levantina, quienes con audacia hacían incursiones de piratería y destrucción, llevándose en ocasiones gentes en cautividad; y por no cumplir los caballeros la misión de defensa como les correspondía por su condición. Armados los gremios para hacer frente a la amenaza de los corsarios, todavía solicitaron que las milicias se organizaran por parroquias y que las mandase en cada unidad un caballero como capitán, pero el gobernador rechazó la petición o propuesta, sin intuir los peligros de su decisión; eso era rechazar la posibilidad de una conjunción de fuerzas de las dos clases, resultando en cambio un mayor contraste y diferencias entre caballeros y gremiales.

Y mucho influyó también en el concepto de las Germanías, la licencia que les otorgó el Rey para su formación en manos de sus representantes Juan Llorens y Guillén Sorolla, quienes viajaron a Barcelona donde estaba el Emperador, licencia para establecer estas Germanías o compañías de cien hombres armados, no sólo para defenderse de los corsarios, "sino también para ejercer la justicia contra los malos cristianos". De esta manera quiso contestar el Rey a la nobleza valenciana que le reprochaba no haber venido a Valencia, como había hecho a Aragón y Cataluña, y tampoco habían consentido lo que el rey propuso: que los tres brazos de las Cortes le juraran sin su presencia, por la urgencia de su viaje a Alemania. (La nobleza valenciana se expresó así: "Y como esto oyesen los caballeros de aquel reino no lo quisieron hacer, diciendo que tan buenos eran ellos como los aragoneses y catalanes para que, pues con ellos había estado casi dos años, quisiese estar con ellos algunos días").

También les dio licencia el Rey, o permiso, para elegir trece síndicos, Junta que había de hacerse con el poder de la ciudad.

Envió el Rey a Adriano de Utrecht a Valencia, ya cardenal, para poner paz entre caballeros y artesanos. Llegó a Valencia el 24 de enero de 1520, pero nada consiguió de la nobleza del reino; ya entonces se habían elegido los trece síndicos y pudieron desfilar ante Adriano 8.000 infantes arma-

dos, integrados en 40 banderas. Dolido el cardenal por la constante negativa de los nobles, quienes profiaban "que más querían perder sus mujeres, hijos y dineros que no afloxar en sus libertades", aprobó todo lo que había hecho el pueblo de Valencia. Así pues, a su marcha, estaba asentado firmemente el nuevo poder en Valencia. Así pues, a su marcha, estaba asentado firmemente el nuevo poder en Valencia. Las Germanías tuvieron su origen, por lo tanto, en una política regia que, queriendo acertar, resultó equivocada, pues nunca pudo sospechar la multitud de disturbios que se siguieron; empezaron en el verano de 1519, y siguieron en el siguiente otoño, cuando confluían sobre la ciudad, atormentada por la peste, la amenaza de los piratas berberiscos y la ausencia de minorías directivas; y puede decirse que las Germanías tienen un origen anterior a las Comunidades.

El Gobernador Cavanilles se había ausentado de Valencia acobardado por la epidemia de peste, y aunque dejó bandos prohibiendo manifestaciones tumultuarias, tres gremios (zapateros, cardadores y velluteros) se juramentaron organizando sus Germanías, comenzando su revolución. Fue entonces cuando Juan Llorens, Guillén Sorolla y Juan Caro acordaron enviar la primera embajada al emperador, para conseguir del Gobierno el reconocimiento de las Germanías y una participación en el poder municipal, cosas que lograron, como antes se ha dicho.

Pero no era fácil reprimir un movimiento que en principio luchaba contra la inmoralidad que reinaba en Valencia, sobre todo los vicios de sodomía que se daban tanto en las clases altas como entre el pueblo llano. El Gobierno confió en que el armar a los gremios no conduciría a mayores males y quedarían bajo el control de los oficiales de la Justicia; y la concesión de los trece síndicos y formación de la Junta (elegida el 28 de diciembre de 1519) y en la que aparece Guillem Sorolla, se hizo por ser TRECE el número que formaban el Señor y los Apóstoles, organización que pronto fue copiada por muchos pueblos de la región valenciana.

Parece ser que el Gobierno se dio cuenta enseguida del fomento peligroso que iban adquiriendo las Germanías, con sus desfiles armados y los disturbios que siguieron. Y por ello cambió de actitud, nombrando al conde de Mélito como virrey. Este nombramiento recaído en don Diego Hurtado de Mendoza, conde de Mélito, se consideró un triunfo de la nobleza, intentado los Trece oponérsele desde un principio. Tenía el virrey instrucciones para atajar el movimiento popular, suprimiendo los Trece síndicos y sustituyendo las Germanías (o compañías) por las antiguas decenas, que carecían o no se les autorizaba ser armadas. De ese modo quería dar marcha atrás la Corona, en vista del peligroso giro que tomaban los acontecimientos en Valencia.

Ya era tarde. El 21 de mayo de 1520 entraba el virrey en Valencia y a los cinco días la elección de los nuevos jurados demostró la fuerza del movimiento popular; pretendían los agermanados que de los cinco Jurados, dos fuesen elegidos por los gremios; y para influir sobre la marcha de tales elecciones emplearon los revolucionarios la presión característica de tales casos: la del tumulto popular, juntando en las cercanías del lugar de las elecciones varias banderas de guerra de las milicias agermanadas, amenazando de muerte si se contradecían sus pretensiones. Y como estaban ausentes tres jurados viejos y muchos de los consejeros que representaban a las clases altas, resultó que los 177 consejeros que se presentaron, más de 80 pertenecían a los gremios; con lo cual rechazaron la Cédula Real que volvía a ordenar la formación del Consejo según se verificaba tradicionalmente, se eligieron a 2 caballeros, 2 ciudadanos, un artista y un menestral, a todo lo cual no se avino el virrey conde de Mélito por ser contraria la elección a las disposiciones regias; y a su vez, los Trece rechazaron las proposiciones del virrey. Resultado: una abierta discrepancia, y la entrada de las Germanías en franca rebeldía.

Pronto estallaron los conflictos y la primera guerra social de la historia de la Edad Moderna comenzó.

El virrey tuvo que huir de Valencia, de la que se apoderaron los Trece, así como de las rentas reales. No sólo era Valencia, sino que también se agermanó seguidamente Játiva, y luego Elche y Alcira y Orihuela, mientras la revolución se extendía también por la provincia de Castellón.

No tardaron los acontecimientos en desbordar a sus promotores. Y tanto acongojaron a Juan Llorens los primeros desmanes de la multitud y viendo correr sangre inocente, le produjo gran sentimiento y le ocasionó la muerte. Un sistema de terror imperó en Valencia ciudad y a su amparo se adueñó por completo del gobierno la Junta de los Trece. Chelva y Lliria siguieron los pasos agermanados, así como Castellón, San Mateo y Benicarló; sin embargo Morella y Peñíscola se mantuvieron inquebrantables en la obediencia al rey.

Quiso arreglar el rey la situación enviando al embajador Micer Garcés, hombre que a su vez era como "embajador" de los agermanados en la Corte, para tratar de disuadir a los Trece y remitirlos a la obediencia real, amenazándoles con graves penas si no lo hacían. Caso de no hacerlo, ordenaría al virrey que marchase fuera de Valencia y que hablasen las armas.

Otro intento de arreglo en septiembre de 1520, con otro embajador, Juan González de Villasimpliz, al haber fracasado el anterior, tampoco dio buen resultado, ya que provocó un gran tumulto popular capitaneado por Vicente Peris, y el embajador-secretario Villasimpliz, tuvo

que huir de Valencia.

En junio de 1521 los Trece de Valencia declararon la guerra al virrey y a sus aliados, los caballeros del reino.

Los sucesos bélicos se sucedieron desde entonces con gran rapidez. (Hay que decir que los moriscos de los pueblos y ciudades del reino obedecían a los señores y se declararon enemigos de los agermanados).

Reunió el virrey un pequeño ejército de 2.200 peones (la mitad eran moriscos) y 400 caballos. Asediaron loa agermanados el castillo de Játiva, que era leal al rey y lo conquistaron, tras escapar algunos defensores hacia el castillo de Almansa. Atacaron los agermanados la plaza de Alcoy, y el virrey era incapaz, con tan escasos medios, a correr a todos los lugares del levantamiento, en donde se incrementaron sus fuerzas con algunos comuneros huidos de Castilla y Murcia.

Se retiró el virrey a Gandía, pero no tuvo más remedio que salir al campo para contender con el ejército agermanado. Fue el día de Santiago la acción, siendo por paradoja, el núcleo del ejército católico imperial los vasallos moriscos que pudo allegar el virrey; así, pués, resultó que por una de las complejidades de la historia, los moriscos fueron los defensores de la causa imperial; aunque ello no fue suficiente, ya que el virrey fue derrotado por los agermanados de Vicente Peris, habiendo de huir hasta Denia; pero al conocerse su derrota en Gandía, los de Denia prefirieron inclinarse al bando agermanado. Así el virrey marchó por mar a Peñíscola.

Por el norte, los vencedores fueron las tropas del virrey, quienes al mando del duque de Segorbe reconquistaron San Mateo, Castellón y Villarreal tras la batalla de Oropesa.

En la batalla de Gandía, liberada el 25 de julio de 1521 -cuando, por lo tanto, ya hacía tres meses que se había resuelto la suerte de las Comunidades en Castilla la Vieja-, se había destacado unluevo jefe de las milicias populares: Vicente Peris. Pero, además, en Orihuela surgió un gran foco de insurrección, de cuya villa se había apoderado el cabecilla Palomares. Todo el reino de Valencia pareció en cierto momento conmovido por alteraciones de toda índole en favor de las Germanías, pero en conjunto faltó a sus jefes organización para superar las luchas locales.

Por otra parte el reino de Castilla, ya casi en total pacificado, pudo enviar al marqués de los Vélez con refuerzos para el virrey de Valencia, reduciendo primero el foco de Orihuela.

Y una fuerza que actuaba a modo de una "quinta columna", a cuyo frente estaba el marqués Zenete, figura muy popular, a pesar de ser hermano del virrey, pareció ir controlando la situación, de ser hermano del virrey, pareció ir controlando la situa-

ción, que, al aproximarse el ejército imperial desde Requena, favoreció los tratos para una completa rendición.

Dominada Valencia en el otoño de 1521, aún quedaban los focos de Játiva y Alcira. Resistía en Játiva Vicente Peris, con el agravante de que tenía prisionero el duque de Calabria, personaje que las Germanías quisieron utilizar, sin que pudieran doblegarle su obediencia al rey; de allí salió el duque al término del conflicto y fue premiado por Carlos, después, nombrándole virrey de Valencia tras su boda con doña Germana de Foix.

Había surgido en Játiva otro cabecilla que se tituló el Encubierto y que se hacía pasar por el príncipe don Juan, el hijo de los Reyes Católicos, engañando a la gente con tal patraña, ya que la imaginación popular siempre se resistió a crear la muerte del Infante. El marqués de Zenete llegó a Játiva para intentar un último arreglo, pero fue rechazado y perseguido hasta Valencia por el propio Vicente Peris, pero cercado en su casa por las tropas reales, allí murió el célebre caudillo popular. Desde entonces Valencia quedó pacificada. Alcira y Játiva resistieron hasta mayo de 1522. Acabada la guerra de las Germanías, llegó la hora de la represión.

Llegada esta hora, el virrey, conde de Mélito, no mostró severidad y quiso conceder perdón general. Pero la nobleza del reino consiguió del emperador el castigo de los rebeldes.

Primeramente nombró como virreyes, el 27 de marzo, a doña Germana de Foix y a su esposo el duque de Calabria. Y a principio de enero de 1524 comenzaron los castigos y ejecuciones. Los sentenciados fueron 800, y los muertos de aquella guerra, tanto moriscos como cristianos, unos 12.000; pero la peste, en aquellos años, aún se cobró más víctimas, posiblemente más de 20.000.

Hubo otros castigos pecuniarios a los gremios y a las principales ciudades rebeldes, como Alcira y Játiva.

Y el emperador no olvidó nunca la rebelión de las Germanías. Sólo visitó Valencia dos veces en su vida, una en mayo de 1528 para jurar los fueros, y la otra en 1542, para que su hijo Felipe fuera jurado como príncipe heredero.

Las dos veces pasó por Requena y pernoctó en ella.

De esto hablaremos oportunamente en este trabajo.

REQUENA: TIEMPO DE GERMANIAS.

Eran los tiempos del Emperador Carlos I de España y V de Alemania. Requena, durante la guerra de las Comunidades de Castilla, permaneció fiel al Rey, aunque hubo conatos y gestos de simpatía en favor de los comuneros. Pero lo que Requena no vivió directamente fue el movimiento valenciano de las Germanías, en su propia tierra y en sus propias gentes.

Sin embargo, si que sufrió Requena las consecuencias, no de la rebelión de las Germanías, sino de su represión de las Germanías, sino de su represión y castigo, porque hubo de "ayudar a las tropas" a petición escrita del Rey -quien prometió pagar y, por lo que se conoce, nunca cumplió lo prometido a pesar de las varias reclamaciones efectuadas-.

Sobre este particular, la ilustre catedrática de Historia, Angelina García Pérez, hija de Requena y estudiosa y publicista en Valencia -en uno de cuyos Institutos de Enseñanza Media ha ejercitado su profesión- de algunos trabajos históricos sobre el tema que nos ocupa, así como sobre los judíos valencianos, concursó a uno de los premios que la Fiesta de la Vendimia convoca anualmente en su Certamen Literario, y lo obtuvo muy merecidamente, aflorando todo lo que sobre el particular existía -y suponemos existe todavía- en el Archivo Municipal de Requena.

Dicho trabajo, presentado con el lema "Viñalta" y título: "Requena: Tiempo de Germanías" se transcribe a continuación:

"Tres años después que el joven Carlos I introdujera en España su corte borgoñona y un cambio radical de Monarquía y aspiraciones para su pueblo, se producirán los dos movimientos sociales característicos de los albores de nuestra Edad Moderna: las Comunidades de Castilla y la Germanía de Valencia".

"Distinta forma de rebelión y estandartes. Los Comuneros, carácter político, descontento general de toda Castilla ante la rapacidad de los borgoñones traídos por el Emperador; todos los cargos importantes del país están en manos extranjeras. Adriano de Utrecht, regente de Castilla, Chievres, primer ministro... La salida del rey hacia Flandes con misión que sus súbditos españoles consideraban extraña; las grandes cantidades de dinero pedidas a las Cortes fueron la hoguera que hizo estallar la rebelión contra un régimen y una política que consideraban rara y contraria a sus intereses y que trataba de sacrificar la hegemonía de Castilla a una política imperial y dinástica".

"Valencia y sus gremios se habían armado para hacer frente a un temido ataque de piratas turcos; las costas mediterráneas se agitan bajo el signo islámico. -Juan Llorenc, el tejedor, su líder, quiere dar a Valencia una constitución republicana, semejante a las de Génova o Venecia.- La nobleza, alarmada ante los Gremios y la peste, abandona la ciudad. El movimiento, en una fase de violencia se desviará hacia un radicalismo sin programa claro. -El Virrey, Diego Hurtado de Mendoza, huye, y el rey tiene que intervenir.- Una fuerza represiva de once mil hombres, según los documentos hallados en nuestro archivo municipal, se lanzan para castigar la desobediencia".

"Villalar, tierra adentro, ha cor-

tado ya los pequeños brotes de burguesía y libertades castellanas. Y un año después, con esa fuerza militar, el propio Virrey entrará en Valencia aplastando, igualmente, el movimiento popular; ochocientos rebeldes serán sentenciados por el "crimen de Germanía y unión popular". -El rey se apuntará otra victoria más del absolutismo. Y entre el fragor bélico, política internacional, pugna de Imperio y tradiciones, Requena, paso geográfico-histórico de Valencia, sufrirá también la Germanía".

"Los soldados mandados contra Valencia, saquean nuestra ciudad, toman cántaros de vino, comen su pan, molestan y avasallan a sus mujeres "haciendo cosas que la gente de guerra suele hacer", según los textos, y no pagan el dinero por tales servicios, prometidos además, por ser servicio prestado a la Corona".

"Los regidores Miguel Sánchez y Rodrigo Gutiérrez del Camino, escribirán Cartas y Oficios al Emperador para que les sean pagados "los 35 días que estuvieron los exércitos de su Magestad, comiendo a discreción, allende de los robos y fuerzas que en Requena se hicieron que fueron inextimables"; seguirá diciendo el Corregidor, "además, Mil y sesenta ducados de peso e oro, para terminar de pagar a dicho exército, sacado también del Recaudador de Puertos de la Villa".

"Pero ni los dineros ni el pan, ni el vino, ni los desastres ocasionados por la gente de tropa (en aquella época Requena puede proporcionar a los ejércitos 1570 cántaras de vino) aparecen por sitio alguno. -Cartas urgentes y sumisas peticiones al Emperador, y el pleito sigue...; no se encuentran recibos por ninguna parte de haberse devuelto. De los diez documentos que consta el trabajo, se entresaca la "grandísima Avenida de agua que dejó a la Villa destruida el mes de septiembre de 1517; nombres de oficiales extranjeros mandando el ejército imperial; carne para el mismo abastecida por la ciudad que importaba 550 ducados; más de 100 costales de pan, cuando las gentes de nuestra tierra, como es general en España, está atravesando una crisis económica cerealista, en que la fanega de trigo se pagará al precio fabuloso de 20 reales; y sigue diciendo el testimonio del Corregidor, "la Villa está muy robada y destruida en extrema necesidad".

"Principios de nuestro imperial siglo XVI, cuando las águilas del joven rey Carlos se agitan desde las cordilleras americanas al Danubio, y sueña con una Europa unida, entera, bajo sus armas imperiales. Y Requena, paso de caminos geográficos y roca de historia, seguirá pidiendo justicia a sus deudas, reparación por "esas cosas que la gente de guerra suele hacer".

Extraños designios históricos, de aquella España que se creía capaz de conquistar el Mundo, empujada por aquel Sol "que nunca se ponía en sus tierras".

* * * * *

A continuación de este escrito, nuestra paisana e historiadora Angelina García, aporta nueve copias mecanografiadas de documentos del Archivo Municipal. La primera (primer documento) es la carta del Rey a Requena (entre otras ciudades) solicitando ayuda para sus tropas. Los demás son las cartas que insistentemente envían los Corregidores Miguel Sánchez y Rodrigo Gutiérrez reclamando el pago de todos los gastos que se hicieron para aquella empresa, y que parece ser no fueron nunca pagados a Requena.

Por su interés, se trnscribe la carta del Rey, que dice así: "EL REY. -Nuestro governador del marquesado de Villena y Corregidores de Murcia, Lorca, Cartajena, Cuenca, Huete y Requena; ya sabeys como la cibdad y la mayor parte rel reyno de Valencia están revelados contra nuestra obediencia y servicio como no han querido obedecer a don Diego de Mendoça, nuestro vissorey del dicho reyno en el uso y exercicio del dicho cargo, por lo cual es necesario proceder contra ellos de hecho y derecho". "Por ende yo vos mando que para ayuda y favor de los suso dicho, cada uno de vos de vuestros lugares y jurisdicciones, acudáis y hayays acudir al dicho don Diego con la gente de pie y de cavallo y vituallas y otras cosas que el hos escriviere, que yo vos mandaré pagar el sueldo de la dicha gente de tiempo que en ello se ocupare en virtud de esta mi cédula o de su traslado asignado de escrivano público, y por alardes y averiguaciones del dicho don Diego en lo qual poned la diligencia y buen recaudo que de vos confio, y assi mismo si el dicho don Diego enbiare a hazer en essas dichas tierras alguna otra gente, le dad para ello todo el favor e ayuda que oviera menester, e non fagades endeal por alguna manera". Fecha en Pamplona, diez días del mes de julio de mil y quinientos y veynte y un años".

Los demás documentos que aporta al trabajo histórico, son los siguientes, que se extractan:

1°) Miguel Sánchez, en nombre de Requena y sus vecinos, reclama el pago de 1.070 ducados, y 130.600 maravedises, que se prestaron a la gente que iba a Valencia, o sea a la tropa.

2°) Rodrigo Gutiérrez del Camino, reclama el pago de lo gastado por las tropas durante 35 días de estancia en Requena.

3°) Información sobre la veracidad de los hechos citados, aclarando las circunstancias que obligaron a Requena a ello.

4°) Nuevamente Rodrigo Gutiérrez reclama, diciendo que los Marqueses de Vélez y Moya y Valencia de Benavides, estuvieron en Requena 35 días con 12.000 hombres, con los gastos que se realizaron en dinero prestado, pan, vino, etc.

5°) Sigue Rodrigo Gutiérrez en

su reclamación, lo que hace directamente al Rey, suplicando que se pague la deuda, y que no sean molestados los regidores de Requena.

6°) Miguel Sánchez suplia al Rey el pago de los gastos de cinco semanas de estancia en Requena de 15.000 hombres de guerra "robando en la dicha villa e su tierra e comiendo a discreción sin pagar ninguna cosa e haziendo otras cosas que la gente de guerra suelen hazer" ...

7°) Nuevamente Miguel Sánchez reitera su reclamación, detallando los gastos: 1.070 ducados, 1.576 cántaras de vino, 103.500 maravedises para el socorro de lo de Navarra y Fuente Rabia (todo ello bajo la presencia en Requena de los marqueses de Vélez, Moya y Valencia de Benavides, con sus tropas que iban a Valencia).

8°) Miguel Sánchez insiste y suplica se abonen estas deudas, reclamadas varias veces por un procurador nombrado por Requena para que le represente en la Corte y que nunca ha podido cobrar, debiéndose ello a una dilación que no se comprende y que originará más gastos que los intereses de la deuda.

Y nada más; parece que todo aquello no se llegó a cobrar. Muy bien dice la autora de este trabajo, Angelina García, que así Requena sufrió también la Germanía.

EL DERECHO DE ESTANCIA EN REQUENA DEL REY FRANCISCO I DE FRANCIA.

Hecho cierto y real, recogido por los cronistas imperiales, y por los historiadores actuales (Manuel Fernández Álvarez, y otros), que el rey francés Francisco I, pasó y pernoctó en Requena, prisionero en Pavía y conducido a Madrid. Pero para hablar de ello, creemos mejor remitirnos a nuestro cronista D. Rafael Bernabeu, quien recoge el hecho en su "Historia de Requena" de 1982, de la siguiente manera:

"Caracteres de magno acontecimiento revistió la brevísima revistió la brevísima estancia en Requena de Francisco I, rey de Francia, cuando se le trasladaba desde el castillo de Benisanó a la madrileña Torre de los Lujanes. (El Virrey de Nápoles, Carlos de Lannoy lo había traído preso desde Italia, encomendando su guardia y traslado a D. Fernando de Alarcón, había desembarcado en Barcelona y llevado a Valencia y Benisanó, para trasladarlo a Madrid por el camino de Requena).

"A mediodía del 22 julio de 1525 llegaba a nuestra villa el prisionero de Pavía con lucidísimo cortejo, en el que figuraban el famoso Tomás Lutrech; Felipe Chabot, gobernador de Artois; Martin de Montchenu; el bailío de París Jean Delabarre, Guillermo Gauffier y otros importantes compañeros de cautiverio.

"Integraban la escolta trescien-

tos soldados al mando del conquense don Hernando de Alarcón, virrey de Calabria, con los capitanes Corbera, Salcedo, Santacruz, Suárez de Figueroa y Lezcano, el comendador Gómez Suárez, el capitán de la gente de armas de Requena don Francisco Rebolledo y numerosas miembros de la nobleza levantina presididos por el gobernador de Valencia don Jerónimo de Cavanilles".

"De orden del emperador, esperaba aquí al Rey Caballero el obispo de Avila Fr. Francisco Ruiz, (nuestro obispo de Cuenca, don Diego Ramírez de Fuenleal, no pudo venir a esta recepción), con una brillantísima guardia de cien hidalgos "de que tuvo mucho gusto el Rey como señal de benevolencia del César" -según el cronista del Emperador, Fr. Prudencio de Sandoval".

"Francisco I pernoctó en la morada de don Alonso Hernández Cobo, situada junto al templo de Santa María, siendo acomodados sus acompañantes en las principales casas de la población. (Era regidor de Requena, junto a Hernández Cobo, el famoso Cristóbal Zapata)".

"Al día siguiente, a primeras horas de la mañana, continuó la comitiva hacia Madrid, quedando en nuestra villa como recuerdo de tan breve visita el nombre de una calle contigua al Portalejo o Atajo del Arrabal (calles Nuevas o Callejones), denominada desde entonces calle del Rey de Francia.

Y sigue hablando Bernabeu sobre el caso: "Pudiera sospecharse que el nombre de la calle del Rey de Francia aludiera a Luis IX, el que según la tradición, entregó la imagen de la Soterraña, hallada en los Santos Lugares, a sus nietos los Infantes de la cerda, fundadores del monasterio del Carmen, inmediato a aquel lugar. Sin embargo refieren las crónicas que el francés y su séquito salieron de Buñol a caballo, penetrando en los arrabales de nuestra Villa por el Atajuelo (caminillo que cruzaba el Regajo de Reinas y terminaba en un pequeño portal o Portalejo, que aseguraba el poblado por este lugar). Las galeras y demás carruajes utilizaban el camino viejo (Alcalá); luego el camino real (Caracuesta).

Con motivo de la prisión del rey de los franceses fueron muchos los personajes de alcurnia que en este año pernoctaron en Requena, tales como don Hugo de Moncada (35 de mayo), el señor de Montpezat con varios caballeros de Francia (20 de junio); Carlos de Lannoy, virrey de Nápoles, y el mariscal de Montmorency (5 de julio), el condestable de Borbón (6 de diciembre), todos en el año 1525.

* * * * *

Como notas adicionales sobre el Emperador y Requena, Bernabeu nos dice que Requena realizó grandes sacrificios económicos para ayudar a las continuas campañas del César. Además de los servicios ordinarios (y

los ya dichos por nuestra historiadora Angelina García con relación a las repercusiones de las Germanías valencianas en Requena), se prestaron 98.180 maravedíes para la recuperación de Fuenterrabía (1523), 300 ducados en 1528; 600 ducados dos años después; otros tantos en 1535, y, en 1539, para atender a cierto servicio extraordinario de "muchos quentos", tuvo la villa que adehesar y arrendar algunos terrenos para dicha paga. Tres años después de entregaron 558 ducados, y luego, para la expedición de Argel, envió el monarca una misiva al Concejo requenense "para que se le acuda con dineros que se le ofrecieron", entregándosele 800 ducados que anticipó el comisario del Santo Oficio don Martín Pedrón... Estos datos deben ser incompletos por faltar muchas actas municipales de estos tiempos, según nos dice Bernabeu.

Por nuestra parte añadiremos, como hechos notables en Requena durante la época del emperador Carlos, que la población de Mira, que era aldea de Requena hasta entonces, dejó de ser Aldea y consiguió su villazgo independiente en 1537, por decreto del Emperador.

Los obispos que rigieron la diócesis de Cuenca durante el reinado de Carlos V, y que tuvieron alguna relación con nuestra entonces villa fueron, aparte de los italianos (D. Rafael Galeote Riario, entre 1493 y 1520; y D. Alejandro Cesarino, entre 1538 y 1542), desde obsipos nacidos en Villaescusa de Haro (Cuenca), don Diego Ramírez de Fuenleal (de 1521 a 1536) en cuya gobernación diocesana se facultó a Requena una delegación del Tribunal de la Inquisición, y en cuyo tiempo pasó Francisco I por Requena; el otro obispo, hijo de Villaescusa de Haro, fue don Sebastián Ramírez de Arellano (1542-1547) en cuyo tiempo, 1542, estuvo por segunda vez en Requena el emperador (ya que la primera visita la realizó en 1528). Este señor antes de ser nombrado obispo de Cuenca, fue hombre de confianza del emperador, ya que fue presidente de la Isla de Santo Domingo y Virrey de Méjico, presidente de la Audiencia de Granada, y obispo de Tuy y de León, antes de pasar a Cuenca.

Durante su gestión diocesana se realizó un padrón vecinal (1543) resultando que en Requena habitaban 516 familias, y entre todas las entonces aldeas (Camporrobles, Caudete, Fuenterrobles, Jaraguas, Venta del Moro y Villargordo) reunían 203 familias.

Otros obispos conquenses de la época imperial, don Miguel Muñoz (1549-1553) y don Pedro de Castro (1554-1561), de origen muy humilde el primero, pero que alcanzó gran fama, diciéndose de él, que siendo Oidor de Granada, bautizó a San Juan "de Dios" con este sobrenombre por ignorar su apellido; durante el gobierno del segundo, se produjo la abdicación del Emperador y su retirada a Yuste y su muerte.

Otras noticias que de este tiempo recoge Bernabeu, hablan de que en 1537 marcharon a las campañas de Flandes 25 hombres de Requena y otros tantos de Utiel y Mira; que otros grupos lucharon en Túnez e Italia; que por una real provisión (20 de noviembre de 1552) se pidieron más hombres, disponiéndose que todos los vecinos con más de 40.000 maravedíes se proveyeran de picas y arcabuces a su costa. A consecuencia de todo elloquedaron sobre las armas cuatrocientos requenenses, contando los que aportaban las aldeas. Las picas y arcabuces fueron adquiridos en Valencia por el honrado Pedro de la Cárcel, "capitán de la hermandad de vecinos".

Hemos dicho que Mira dejó de ser aldea de Requena. La Real Cédula para su segregación se libró por el emperador en Valladolid el 11 de mayo de 1537. Pero el término de la nueva villa quedó como cuando era aldea, no pudiendo salir del lugar "con vara alta de justicia nin prender en su t'ermino...", naturalmente de todo aquello se siguieron prontamente y por muchos litigios entre Requena y Mira, con algún hecho luctuoso que lamentar, hasta que los ánimos se apaciguaron y se resolvieron todas las cuestiones.

* * * * *

ESTANCIAS O VISITAS DEL EMPERADOR A REQUENA.

Antes de su viaje a Italia, que realizó en mayo de 1529, quiso el emperador resolver algunos asuntos importantes pendientes. Uno de ellos, antes de la convocatoria de Cortes de la Corona de Aragón en Monzón, en el verano de 1528, fue el de dar satisfacción a los valencianos, donde todavía no había puesto su planta el César. A ese fin, Carlos V deja Madrid el 23 de abril de 1528, llegando a Valencia diez días después, para estar en la capital del Turia algo más de dos semanas. No mucho tiempo, ciertamente, pero al menos lo suficiente para conocer in situ sus problemas, para ver y ser visto por los valencianos, superando así los anteriores agravios de cuando las Germanías, sus hechos y su posterior represión.

Nuestro cronista Bernabeu recoge en su Historia de Requena esta noticia, diciendo: "De paso para Valencia, en la tarde del 29 de abril de 1528 llegó a nuestra villa el emperador Carlos V, siendo recibido por el duque de Calabria, virrey de Valencia, entre los que figuraban diputados y jurados con sus "*gramalles de vellut carmesí*" (pág. 225)". Y en la siguiente página de su Historia nos dice Bernabeu que "años después, el 17 de diciembre de 1542, el emperador arribó de nuevo a nuestra villa tras haber pernoctado en Venta Quemada; constando que nuestra gente de armas, al mando del capitán don Juan García, hizo en su honor algunos alardes". Se sabe que este segundo viaje, obedeció a pedir a Valencia el juramento de fidelidad a su

hijo, después de Felipe II, como príncipe heredero.

Pero del primer viaje y su estancia en Requena el 29 de abril de 1528, han quedado tradiciones populares y algunas creaciones literarias. Una de ellas la comenta Bernabeu en su "Historia de Requena", y es lo que escribió don Julián Pérez Carrasco, insigne escritor y periodista requenense en su novela picaresca (apenas conocida) "Andanzas de Pedrillo Diéguez". Hay que decir que Pérez Carrasco (1871-1931) dirigió el "Noticiero Universal", de Barcelona, y fue autor de varios libros y novelas, aunque su obra más importante se tituló "Episodios de la guerra europea" (1918. Barcelona).

Y con relación al tema que nos ocupa, en uno de los capítulos de la mencionada novela picaresca, nos dice Pérez Carrasco; transcrito por Bernabeu: "... Al amanecer empezaron a llegar tropas de vanguardia del Rey Emperador. Estaba el tiempo lluvioso y frío, y los soldados venían sucios y en desorden, con más trazas de saqueadores sedientos de botín que de fieles guardadores de la real persona. Eran extranjeros que gritaban y renegaban en algarabía, mezclando palabras castellanas con ceceos alemanes y flamencos. Establecieron su castro en torno de la villa, en son de sitio y conquista, y devastaron las huertas, donde armaron tiendas y condimentaron la pitanza. A eso de las cinco presentóse por el camino de los Regidores un tercio de Burgos con farautes y clarines al aire, y flameando el pendón y luego buen golpe de caballeros, escuderos y pajes rodeando la litera de su Alteza, que venía malhumorado, doliente de gota y quebrantado de espíritu. Anduvo la cabalgata por Cantarranas hasta la cuesta del Castillo y allí, el concejo requenense, con paramentos de las grandes ceremonias, adelantándose a rendir homenaje de pleitesía a su señor natural. Vi al corregidor balbuciente y tembloroso, acompañado de don García, limpio de hábitos por mano de mi madre, tan descoloridos como si se hallasen en trance de muerte, y junto a ellos, a mi hermano ufano y grave, gozoso del papel principal que representaba, chorreante la morada dalmática, haciendo esfuerzos para sostener la bandeja en que reposaban las supuestas llaves de la villa. Del grupo de magnates que formaban la familia de Carlos V destacóse el chambelán sombrero en mano, ante el cual comenzó el corregidor el parlamento altisonante, que por la noche compuso don García, expresando la satisfacción de la noble villa de Requena al poder ofrecer a su Rey y señor el tudesco y el castellano, diciendo que su Alteza dispensaba al concejo de ritos y ceremonias, y pues la salud del emperador no estaba para aguantar retóricas, diérase por cumplido el regidor y mandara que aquella tarifa de villanos y percheros volviera en silencio a sus hogares si querían hacer buen servicio al César ... Como

cuerpo que quitan de la horca, desmayado y sin alientos quedó el pobre corregidor, sin osar alzar la cabeza ni recobrar el habla; más el beneficiado, por sus fueros, que eran los de la Iglesia, quiso echar lo que en el buche llevaba rumiado, y exponiéndose a incurrir en las iras del magnate hizo manifiesto de que los naturales de la villa, veríanse muy honrados con besar la mano del Príncipe tan excelso como Carlos y le rogaban se sirviera atender a las necesidades de la villa y procurar el remate de la fábrica de la iglesia de San Salvador, muchos años comenzada y nunca acabada. Dios Nuestro Señor que siempre dispensa protección a inocentes y bienaventurados, libró a don García de la cólera del soberbio ministro, haciendo que en aquel momento abriéranse las cataratas del cielo y descargara sobre Requena y su campo el turbión más recio que se conoció en muchos años, con infernal acompañamiento de truenos, relámpagos y granizo, que arrasó de la campiña lo poco sano y vivo que dejó la soldadesca.

Soltó mi hermano bandeja y llaves que dieron en los nobles pies del chambelán haciéndole proferir una blasfemia, que no fue habida en cuenta por ser dicha en alemán. Arreció la lluvia, cargaron los nobles contra el concejo y los villanos, que a todo correr, armando espantosa gritería de invocaciones y conjuros, maldiciones y reniegos, ganaron la cuesta del Castillo y buscaron en sus casucas reposo para el ánimo y calor para sus mojados cuerpos, mientras la turba real desbandada, atravesaba las huertas del Arrabal hasta la morada de los Mendozas, donde su Alteza fue delicadamente socorrido, enjutas sus carnes y mitigados sus dolores con pócimas y estoraques suministrados por el médico de la real casa. Acaecía esto que cuento el miércoles 29 de abril de 1528. El Emperador había dormido en Venta del Pajazo, comió en Utiel y pernoctó en Requena. A media mañana volvió a ponerse en marcha, ganando la frontera del Reino de Valencia y cenó y durmió en Buñol".

Y así termina Pérez Carrasco su capítulo novelado, sobre la primera visita y estancia del Emperador Carlos en Requena.

Y con relación al mismo tema, incidiendo sobre la acogida al rey de Francia, Francisco I, en Requena, y muy particularmente sobre la primera visita del Emperador, reflejando una anécdota que sobre el orgullo requenario me contaba mi compañero y amigo Rafael Bernabeu, protagonizada por el regidor Zapata, prohombre requenense en aquella época, he compuesto un romance, que llamo histórico, suponiendo la veracidad o aproximación de aquella anécdota a la realidad, y que titulo "El Regidor Zapata de Espejo", que seguidamente se añade a este trabajo, terminando con ello lo que del Emperador Carlos V sabemos con relación a nuestra tierra y ahora Ciu-

dad de Requena, entonces Villa, habiéndonos valido de los historiadores que creemos son imprescindibles para relatar la época imperial, y que han trabajado sobre ello, antes y ahora: antes, por ser historiadores de la Edad Moderna, catedráticos en Valladolid y Barcelona, don Manuel Fernández Alvarez y don Ricardo García Cárcel, este último nacido en Casas de Eufemia, aldea requenense; y precisamente ahora, por el hecho de cumplirse el 500 aniversario del nacimiento de Carlos de Gante, Rey Carlos I de España, y Emperador Carlos V de Alemania.

Y naturalmente, nos hemos valido también de nuestro recordado Cronista Bernabeu, también imprescindible, como ya hemos anotado.

Lo realmente histórico pertenece a lo que dichos historiadores nos han dicho. Lo novelado es de Julián Pérez Carrasco, otro requenense ilustre. Lo romanceado pertenece a la autoría del trabajo que en este momento terminamos.

Requena, marzo de 2000
Feliciano A. Yeves Descalzo